

LA CERAMICA CELTIBERICA GRIS ESTAMPILLADA EN EL CENTRO DE LA CUENCA DEL DUERO. LAS PRODUCCIONES DE COCA (SEGOVIA)

JUAN FRANCISCO BLANCO GARCIA

Desde que empezamos a interesarnos por el yacimiento de *Cauca* (Coca, Segovia) y a publicar una serie de materiales en posesión de sus vecinos que corrían peligro de entrar en los circuitos del comercio de antigüedades (Blanco García, 1986 a, 1986 b, 1987 a, 1987 b, 1988 y 1990), fuimos confeccionando un fichero sobre un tipo muy característico de cerámicas grises celtibéricas de las que la bibliografía existente era escasísima. Tan sólo estaban publicados unos pocos fragmentos procedentes de cerca de veinte yacimientos del Valle del Duero y siempre sin hacer mucho hincapié en ellos por parte de sus excavadores.

El comienzo de una serie de excavaciones de urgencia en puntos dispersos de Coca desde 1987 supuso un paso muy importante para el conocimiento de esta variedad cerámica. Ahora podíamos ubicarlas estratigráficamente, estudiarlas junto con los materiales de su contexto, establecer los tipos cerámicos que las precedieron y los que las siguieron y, en fin, enfocarlas desde una perspectiva histórico-cultural aceptable y útil para el conjunto del Valle del Duero. Más que la tipología, lo que atrajo nuestra atención en estos primeros momentos de acumulación de datos fueron dos características: su excelente calidad técnica (pastas muy depuradas, duras, superficies bruñidas hasta conseguir un brillo metálico, tacto céreo) y sus decoraciones (estampillas, baquetones lisos o con incisiones oblicuas, rehundidos, etc.) que, en cierto sentido, nos parecían herederas de las producciones de Cogotas II.

Tras estos años de acopio de datos y materiales, creemos que es el momento de afrontar el tema, dar a conocer lo que a él ha aportado el yacimiento de Coca y reclamar una mayor atención de todos hacia este tipo de cerámicas que tienen la virtud de marcar una fase concreta del mundo celtibérico. No dudamos que en el futuro habrá que volver sobre ello, cuando en multitud de yacimientos del Duero Medio se les preste la debida atención a estas cerámicas por parte de los excavadores.

El estudio de las cerámicas grises a torno protohistóricas de la Península Ibérica es relativamente moderno, escaso y tan parcial o zonal que encierra no pocas contradicciones. Aunque hay intentos en curso, estamos lejos aún de contar con obras de síntesis de ámbito peninsular. Hay áreas culturales de cuyas cerámicas

grises sabemos tan poco que impiden cualquier intento de estudio general equilibrado. Sin cubrir esta fase previa fundamental no podemos acceder a ese estadio superior en el que se expliquen las distintas familias de grises a torno protohistóricas peninsulares, sus orígenes, sus ámbitos de dispersión, cómo influyen unas en otras, la evolución interna de cada grupo, sus peculiaridades tipológicas y decorativas, cronologías comparadas, etc. De todos los grupos de cerámicas grises peninsulares es el celtibérico uno de los más desconocidos, a pesar de que el volumen de materiales dispersos en memorias de excavaciones y publicaciones no monográficas es considerable.

Con el presente trabajo hemos querido contribuir al mejor conocimiento de las cerámicas grises celtibéricas, sobre todo en el Duero Medio y áreas de cultura material celtibérica adyacentes. Constituyen un campo escasamente investigado, y lo poco que se ha tratado yace silenciosamente en trabajos inéditos o, como mucho, se le han dedicado unas líneas solamente. De cualquier familia de grises protohistóricas peninsulares existen monografías más o menos amplias, mejor o peor elaboradas, con acierto en mayor o menor grado, pero de la celtibérica se sigue conociendo muy poco. Esto no significa que las grises de otras zonas estén bien estudiadas, pues ni siquiera hay acuerdo sobre si es en el siglo VIII o en el VII a. C. cuando las empezamos a ver en la Península.

Las ampuritanas, más recientemente denominadas *del Golfo de León* por estar presentes también en el área de influencia de Marsella, fueron las primeras en atraer la atención no sólo de autores hispanos, sino también galos. Muestra de ello son los excelentes trabajos de síntesis publicados recientemente (por ejemplo, el de Arcelin-Pradelle, 1984). Son cerámicas que no plantean grandes problemas a la hora de fecharlas, al igual que ocurre con las grises del círculo fenicio-púnico, la segunda gran familia de esta especialidad cerámica en la Península. También monócromas y a torno, han llamado la atención de algunos autores desde los años sesenta (Schubart, Niemeyer y Pellicer, 1969; Aranegui, 1975; Belen Deamos, 1976; Caro Bellido, 1989, entre otros) pero aún no contamos con monografías de síntesis. Este círculo extenderá sus influencias hacia Extremadura que verá las primeras grises en fechas tempranas (Medellín, Cancho Roano, Alcazaba de Badajoz, etc.) como parte de la expansión orientalizante (Rodríguez Díaz, 1991: 64). El reciente estudio de A. Lorrio sobre las grises de Medellín incide en la importancia de lo local que ya señaló Roos (Roos, 1982: 58; Lorrio, 1988-89: 313).

De las grises ibéricas levantinas, Maluquer dijo que se fabricaron fundamentalmente entre el 350 y el 150 a. C. (Maluquer, 1965: 129), pero se podría realizar una diferenciación zonal no sólo en cuanto a la cronología, sino también respecto a tipos particulares y ámbitos de dispersión. No es lo mismo hablar de las grises ibéricas del Alt Empordà (Martín Ortega, 1976-78: 191) que de las producidas en la Sierra de Crevillente (González Prats, 1983: 157 y ss.) o las de los poblados ibéricos del norte de Valencia (Aranegui Gascó, 1969). Carecemos aún de un estudio comparativo de estas cerámicas que influirán en el Valle del Ebro y en la parte más oriental de la Submeseta Sur (Almagro Gorbea, 1976-78; Hornero, 1990). Las grises del resto de la Submeseta Sur (Cerro Redondo, necrópolis de Las Madrigueras, Cerro de Alarcos, Cerro Gordo, El Cerrón de Illescas, Cerro de Las Cabezas

en Valdepeñas, etc.), fechadas en los siglos IV y III a. C., parecen ser de influencia meridional, como luego veremos.

Las cerámicas estampilladas del Noroeste, de la cultura castreña, constituyen otra gran familia peninsular de la que hay mucho publicado en memorias de excavaciones pero ningún estudio de síntesis. Se las ha querido poner en relación con las estampilladas del sur de las Islas Británicas y las de la Bretaña francesa. A primera vista, podría parecer que estas cerámicas de los castros gallegos, del norte de Portugal (Almeida, 1972; Silva, 1983, 1983-84 y 1986; Martins, 1987, 1990 y 1991, entre otros autores) y de la zona asturiana (Maya, 1988), con prolongaciones hacia León (Luengo, 1940) y Zamora occidental (Esparza Arroyo, 1983, 1983-84 y 1986), derivarían del mundo meseteño de Cogotas II y, por tanto, podrían tener relación con las cerámicas que abordamos en este trabajo, pero no es así. Actualmente ya nadie sostiene la tesis de que las estampillas de los castros del Noroeste derivan de Cogotas. Nada o muy poco tienen que ver tipológica o cronológicamente aquellas producciones con nuestras grises estampilladas del Duero Medio. Geográficamente, aún está difuminada la línea en la que deja de estar presente la cultura material celtibérica (siempre muy tardía) y empieza a vislumbrarse el mundo castreño del Noroeste (Esparza Arroyo, 1983).

El último conjunto de cerámicas grises a torno protohistóricas peninsulares es el celtibérico, que se extendería por buena parte del Valle del Ebro, el Valle del Duero Alto y Medio y una extensa zona de influencia que a través de Cáceres llegaría hasta el sur de la provincia de Badajoz (Beturia Céltica) y el Alentejo portugués. A su vez, esta última región irradiaría influencias hacia Setúbal, Alcácer do Sal, Chibanes, etc. Hoy día, son posibles una serie de diferenciaciones tanto geográficas como cronológicas al hablar de este grupo. Ya no se pueden meter en el mismo saco todas ellas y colocarles la etiqueta genérica de «gris celtibérica», pues no son idénticas las del área zaragozana o turolense a las de la Cuenca Media del Duero; no se pueden confundir las grises a torno de fines del siglo III y primera mitad del II a. C. con las grises pintadas o con las que se fabrican en el último tercio del siglo II y primer cuarto del I a. C.; grupo éste sobre el que versa el presente trabajo. Determinadas características técnicas y decorativas hacen posible estas diferenciaciones, junto con la ayuda de los contextos de unos y otros grupos. Las estratigrafías juegan un papel determinante en el establecimiento de estos tres grupos. En definitiva, en el Duero Medio se pueden observar tres tipos de cerámicas grises a torno celtibéricas bien diferenciados técnica y cronológicamente:

— Primero, unas cerámicas que se están produciendo básicamente desde la llegada del torno (a mediados del siglo III a. C.) y durante la primera mitad del siglo II a. C., en pastas bien decantadas y de un color gris claro uniforme. Sus superficies están bruñidas o alisadas y nunca llevan decoración. Son formas lisas. Con cronología algo más antigua están presentes en casi todos los poblados y las necrópolis celtibéricas del Alto Duero, del Ebro y la cabecera del Tajo (sobre todo durante los siglos IV y III a. C. en estas dos últimas áreas).

— Simultáneamente, y ya desde finales del siglo III a. C., se fabrican vasos en pasta y superficies grises de acabados no tan esmerados pero decorados con pintura que en origen debería ser de los mismos tonos que la aplicada a los vasos de

cocción oxidante, pero al obtenerlos grises en el horno esa pintura ha tomado una coloración ocre apagada y un brillo característico. Como si se hubiera producido un cierto vedrío de los trazos pintados. Algunos vasos dan la sensación de que el resultado no era el perseguido por los alfareros, pero otros muchos nos hacen pensar que sí, y que detrás de ello hay una intención en la que se conjugan el gusto por las decoraciones pictóricas de la Celtiberia clásica y el peso de la tradición de unas poblaciones que durante muchos años usaron vasos grises y negros elaborados a mano. Estos recipientes suelen estar bien acabados por lo que pensamos que, efectivamente, existe una intencionalidad motivada por la demanda que debió de haber de esta especialidad cerámica. Lógicamente, hay que pensar que en el horneado algunos vasos podrían haber quedado defectuosos y son éstos los que precisamente nos hacen dudar de la intencionalidad de estos productos grises. Sus motivos pictóricos son bastante antiguos, dentro de la historia de la cerámica a torno celtibérica de Duero Medio. Hemos podido documentar temas figurativos típicamente numantinos (en vasos de tipología también de fines del III a. C. y principios del II a. C.), pero de ello nos ocuparemos en mejor ocasión.

— El tercer grupo de grises celtibéricas del Duero Medio es el de mayor personalidad de los tres y al que hemos dedicado este trabajo. Son vasos grises —en alguna ocasión llegan incluso al negro— de superficies bruñidas hasta conseguir un brillo metálico, de sonido tintineante, tacto céreo, tipología más restringida que la de los vasos anaranjados, y decorados con baquetones (lisos o con profundas incisiones), rehundidos, líneas incisas, puntos impresos, estampillas, etc., pero nunca con pintura. Adelantando cuestiones, son cerámicas que en Coca hemos podido fechar con cierta precisión durante el último tercio del siglo II y el primer cuarto del I a. C. Es posible que F. Wattenberg ya se diera cuenta de la personalidad de este grupo de cerámicas grises celtibéricas pero no especificó más (Wattenberg Sanpere, 1959: 177).

No todos los productos de este grupo están decorados. Platos, fuentes y páteras fundamentalmente son lisos, pero sus características técnicas y su posición estratigráfica son las que no nos hacen confundir estas formas lisas con aquellas otras a las que nos hemos referido en el punto primero.

Tampoco los motivos incisos y las estampillas de estas grises son exclusivamente suyas. Hemos tenido oportunidad de comprobar que también se han plasmado en algunos, muy pocos, eso sí, vasos de cocción oxidante. Estos poquísimos fragmentos documentados no tienen nada que ver con aquellas otras cerámicas a torno, oxidantes y con estampillas que hemos constatado en los hornos vacceos de Coca recientemente excavados por nosotros y que fechamos hacia mediados del siglo III a. C. (Blanco García, 1992 y Memoria de Excavación, inédita). En otros yacimientos, como El Raso de Candeleda, este tipo de cerámicas a torno y cocidas en horno oxidante, con baquetones decorados con líneas incisas, estampillas cuatripartitas, son particularmente abundantes (Fernández Gómez, 1986 a: Fig. 51, 124; Fig. 133, 38; Fig. 244, 22; Fig. 255, 2 y 3, etc.; 1986 b: Figs. 462 y 463).

En Coca, las cerámicas grises estampilladas siempre aparecen en ambientes domésticos y sin indicios de haber estado expuestas al fuego, por lo que cabría considerarlas como vajilla de mesa o para almacenar productos de calidad. Bien es cierto

que aún desconocemos la o las necrópolis celtibéricas de Coca, por lo que no sabemos si, como ocurre en otros lugares, estos vasos también están ligados al mundo funerario.

Características técnicas

Aunque ya hemos adelantado parte de las mismas, son cerámicas de una excelente calidad técnica, hechas a torno, en las que se han utilizado pastas muy depuradas, con desgrasantes tan finos que casi son imperceptibles a simple vista. Por regla general, la fractura es de un color gris uniforme, algo más claro que el gris de las paredes externas, pero a veces se observa un nervio rojizo o rosado que nos hace pensar en una cocción alternante. En este último caso, la pasta es menos dura y compacta, pudiendo llegar incluso a un cierto abizcochamiento u hojaldrado que hace que su sonido sea opaco. Lo habitual es que sean de pastas duras, paredes consistentes y muy brillantes en sus superficies externas (y en las internas cuando se trata de formas abiertas o bordes muy exvasados) como si imitaran prototipos metálicos. Su tacto es céreo y el sonido que emiten al golpearse dos fragmentos de las mismas características es tintineante, casi metálico. La mayoría son de superficies grises, pero algunas pueden llegar incluso al negro y no descartamos que en determinados vasos se haya aplicado exteriormente algún tipo de engobe gris o aguada limosa ennegrecida.

Los baquetones que ciñen los vasos generalmente a la altura del hombro o en el cuello no son aplicaciones plásticas en ningún caso, sino que se moldearon al tiempo que se levantaba el resto del vaso en el torno, con independencia de que luego se decoraran con profundas incisiones o no. Las decoraciones impresas (puntos, segmentos, estampillas, etc.) se plasmaron con el barro aún tierno y, debido a la delgadez de las paredes, en la superficie interna han quedado pequeños abultamientos. Abultamientos que en el caso de las estampillas sabemos eran contrarrestadas por la presión ejercida sobre la pasta colocando la yema del dedo en la superficie interior para evitar que la matriz calase, como demuestran las huellas dactilares que han quedado impresas.

Las formas

A primera vista, son formas que en nada se diferencian de las cerámicas celtibéricas cocidas en ambiente oxidante. Platos, cuencos, morteros, vasitos caliciformes, etc., los encontramos tanto en pastas anaranjadas como en grises. Sin embargo, el abanico tipológico de nuestras cerámicas grises es más restringido que el existente en barros oxidados. Formas como las botellas de boca de seta, los troncocónicos, los kalathos, los embudos o las propias de los vasos de almacén (con bordes de «palo de golf» y «cabeza de pato»), no aparecen en cerámica gris. O, al menos, no las hemos podido documentar hasta ahora.

Los tipos básicos que se producen en gris estampillada son, por ahora, clasificables en nueve grupos: fuentes y platos, cuencos, morteros, «boles», cubiletes,

perfiles en «S», botellas globulares sin cuello, copas o urnas y vasos caliciformes. Es característica general el hecho de que todas ellas son formas de tamaño pequeño. Solamente algunas copas podrían clasificarse como de dimensiones medianas, pues llegan a los 21 cm. de diámetro de boca. Las fuentes pueden también alcanzar los 24 cm., pero los diámetros medios de los cuencos, boles, caliciformes, etc. es de 15 cm.

Indicio de modernidad son las palpables influencias de la cerámica campaniense en formas como las de los platos, las fuentes y los cuencos o páteras con pie anular. Nuestro cuenco número 8, por ejemplo, es casi una copia de la forma 2788C1 de Morel (1981: Pl. 74), fechado entre el 200 y el 150 a. C. Hay determinadas molduras en las grises que derivan casi con toda seguridad de tipos campanos.

Las fuentes y los platos (números 1 a 6), no suelen llevar ningún tipo de decoración, son formas eminentemente lisas, y, al igual que en los fabricados en fuego oxidante, a veces poseen perforaciones en el borde o labio. Dentro del conjunto de las grises estampilladas, fuentes y platos son formas no muy abundantes, en contraste con lo que se observa en otras familias de cerámicas grises. En el Valle del Duero sólo están representados cuando se trata de yacimientos ampliamente excavados y que cuentan con importantes conjuntos cerámicos. La mayoría de los enclaves celtibéricos del Duero Medio en los que hay cerámicas grises de este tipo, carecen, por ahora, de dichas formas. Esto es lo que ocurre en Tariego de Cerrato (Castro y Blanco, 1975), Gorrita (Wattenberg Sanpere, 1959), Simancas (Wattenberg Sanpere, 1978), los niveles celtibéricos de Soto de Medinilla (González Tablas, 1988-89), etc.

Entre las grises de la Submeseta Sur platos y fuentes son formas más corrientes, pero difieren de las nuestras no sólo en la cronología (aquéllas son de los siglos IV y III básicamente), sino también en cuanto a las influencias: unas, del sur mediterráneo y las otras del occidente atlántico. Las fuentes y los platos de la necrópolis de Las Madrigueras (Almagro Gorbea, 1969: Tabla X) o del poblado de Cerro Redondo (Blasco y Alonso, 1985: 96), tienen en común con los nuestros el estar fabricados por el mismo grupo étnico. A otras formas de los mismos conjuntos les une el haberse inspirado para las decoraciones estampilladas en el mundo vetón.

Encontramos mayores concomitancias de nuestros platos y fuentes en la compleja zona del sur pacense y Alentejo oriental, en la *Beturia celticorum* (García Bellido, 1952; García Iglesias, 1971; Maia, 1980 y 1985; Berrocal, 1988 a; Rodríguez Díaz, 1990), donde también se dejan notar las influencias turdetanas. A lo largo de este trabajo veremos las enormes similitudes entre nuestras grises estampilladas y las de esta zona, no faltando un rosario de yacimientos intermedios en las provincias de Cáceres y Avila.

Por ser formas muy simples, los cuencos o páteras con pie anular (números 7 a 16) abundan más que los platos y las fuentes, reproduciendo los mismos perfiles que vemos en cerámicas oxidadas. Junto con las anteriores, esta es la forma que más nos muestra esas influencias de la campaniense a las que nos hemos referido anteriormente. En ningún caso portan decoración alguna, son lisas.

Respecto a los denominados «morteros» (números 17 a 19), también documentados ampliamente en cerámica anaranjada —muy abundantes son en Numancia (Wat-

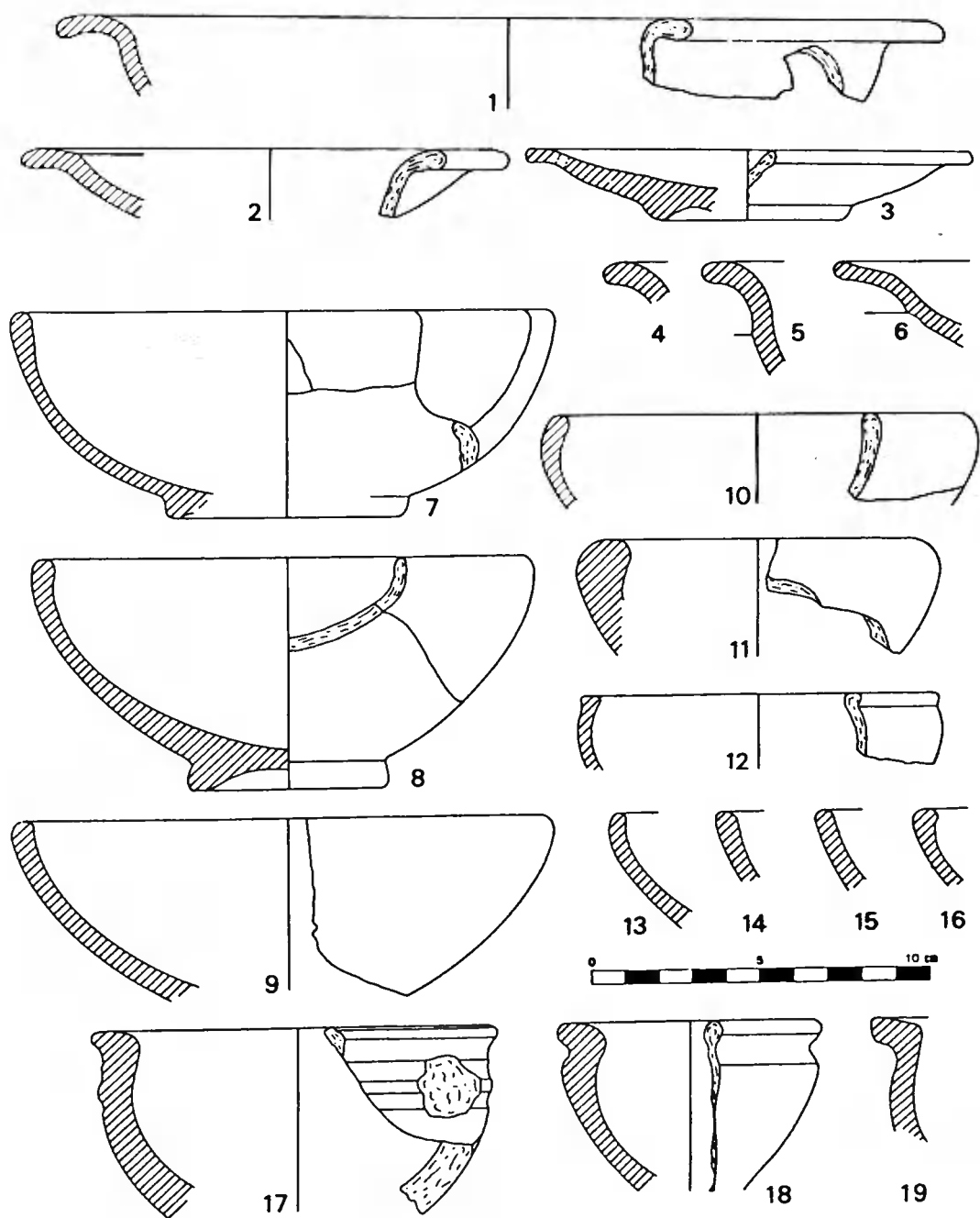


Fig. 1

tenberg Sanpere, 1963: Tablas XXII y XXIII)— con más variedad de formas que en nuestras grises, son escasos. En la Cuenca Media del Duero, en cerámica gris, es una forma prácticamente desconocida, tal vez por no haber sido debidamente reconocida y clasificada. Los dos ejemplares de Coca son los únicos identificados hasta ahora pero estamos seguros de que aún inéditos existen más en los fondos de los museos. En la Beturia sí hallamos tipos y bordes que podrían pertenecer a morteros (Rodríguez Díaz et alii, 1990: Fig. 7, 48).

Los morteros conocidos hasta ahora son lisos. Nunca llevan incisiones, estampillas o rehundidos decorativos. A lo sumo, alguna carena sencilla o doble en la parte del cuello. La existencia de morteros con pie de copa fabricados en fuego oxidante, documentados también en Coca (Blanco García, e. p.: Fig. 7, 4), Roa (Sacristán de Lama, 1986: Lám. LXXXII, 2), Tariego (Castro y Blanco, 1975: XXXVI, 11), Soto de Medinilla (Wattenberg Sanpere, 1959: Tabla IX, 3), Simancas (Wattenberg Sanpere, 1978: 130, 14 b), etc., nos hacen suponer que estos productos grises también llevarían un pie de este tipo, poco apropiado, por demás, para la función de mortero que se le asigna en la bibliografía.

El cuenco tipo bol (números 20 a 24) es una de las formas mejor documentadas en Coca, tanto en pastas anaranjadas como en la variante cocida a fuego reductor que nos ocupa. Sin embargo, no se piense que la abundancia de un grupo conlleva la existencia del otro. En Roa, por ejemplo, el bol es una de las formas corrientes en cualquier sondeo que se realice, pero siempre en pastas anaranjadas (Sacristán de Lama, 1986: 68 y 69), no en cerámica gris estampillada, desconocida hasta ahora en el yacimiento.

Por regla general, los boles son lisos, con baquetones simples o dobles, pero también pueden estar decorados: con estampillas, como el número 23, con líneas bruñidas múltiples en zig-zag, como el número 21. En este último caso nos está recordando tipos muy antiguos no sólo su decoración sino incluso su forma. Entre las grises del Bajo Guadalquivir aparecen formas idénticas pero tan distantes cronológica y culturalmente (Caro Bellido, 1989: 98, Forma 11) que no se pueden poner en relación. También es un perfil poco usual el del bol número 24. En Coca no lo tenemos constatado en pastas anaranjadas y con la misma rareza se han documentado tipos similares en yacimientos importantes como Roa (Sacristán de Lama, 1986: Lám. XXIX, 3), en pasta rojiza, o, ya en el Valle del Ebro, en Bursau (Royo y Aguilera, 1981: Fig. 5, 1; llamó la atención de sus autores su superficie brillante). Es posible que algunos de estos boles tuvieran pie de copa, pero la mayoría serían umbilicados.

El cubilete (número 25) es otra forma escasa dentro de las producciones grises estampilladas. Nuestro único ejemplar es totalmente liso, con la superficie exterior y el labio interior muy bruñidos. Al igual que ocurre con los vasitos de perfil en «S» (números 26 a 31), todos ellos son de pequeñas dimensiones y generalmente lisos. Solamente el borde número 27 muestra estampillas de aspa doble.

Poco frecuente no sólo en cerámica gris, sino en anaranjada también, y no sólo en Coca, sino en toda la Submeseta Norte, es la forma señalada con el número 32. Globular y con el cuello ligeramente indicado, es totalmente lisa, de superficie exterior gris oscuro brillante. No sabemos qué tipo de base tendría, aunque lo probable es que fuera umbilicada.

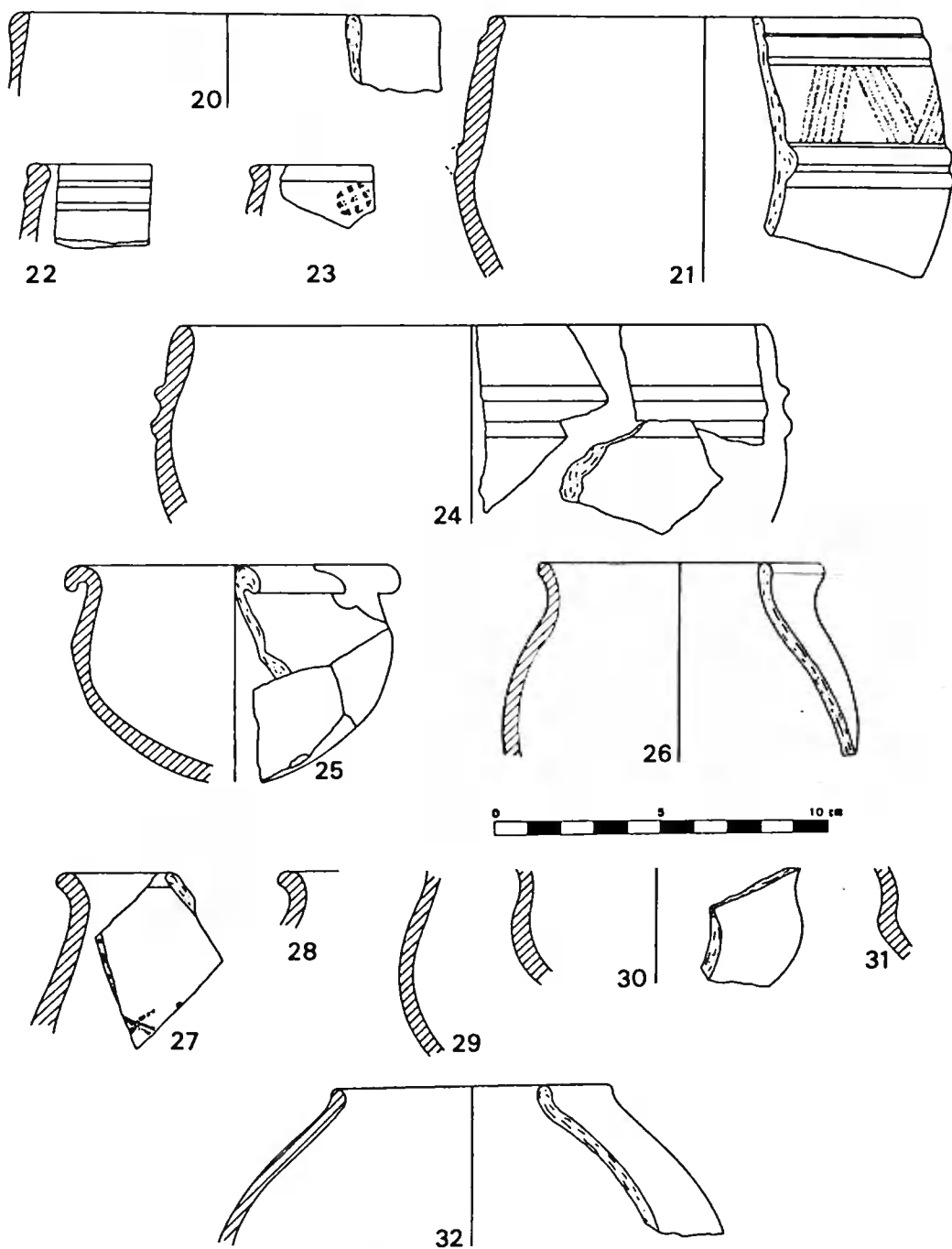


Fig. 2

De toda la tipología de cerámicas grises estampilladas la forma más característica y rica en decoraciones es la de urna o copa, tanto en Coca como en el conjunto del Duero Medio (números 33 a 43, 82, 84 y 99 a 114). En el occidente pacense y el Alentejo oriental ocurre lo mismo en el grupo de las grises tardías. Antes de nada queremos dejar claro que bajo la denominación de urna o copa se han reunido una serie de vasos que aunque poseen borde exvasado, cuello, cuerpo más o menos globular y pie de copa (como el número 126) o de anillo (como los números 122 y 123), admite buen número de variaciones formales en el borde. Desde los bordes cerrados y de rasgos duros (números 33 y 34) hasta los de curvatura suave (número 38). Como consecuencia de esto y para evitar caer en errores en la adjudicación tipológica, la serie de bordes exvasados que hemos numerado del 59 al 81 se han puesto aparte, pues podrían pertenecer tanto a copas como a vasitos caliciformes de los que luego hablaremos.

La copa o urna es recogida (además, en barro gris) por E. Wattenberg con el número 1B (Wattenberg García, 1978: 43 y 51) existiendo también, como puede verse, en cerámica cocida en fuego oxidante. Los característicos baquetones generalmente decorados con profundas líneas incisas oblicuas recuerdan las cerámicas que E. Cuadrado denominara «de collar», con decoración impresa, de filiación céltica y que fechó a finales del siglo IV y primera mitad del III a. C. (Cuadrado, 1952). No sólo en la cronología se diferencian de las nuestras. También en lo que respecta a la tipología, a las calidades de la pasta y a los acabados superficiales. Tienen en común el provenir ambos grupos de un mismo tronco.

Como se ha dicho, en el Duero Medio esta es la forma gris estampillada mejor documentada. Castrojeriz (Abasolo y Ruiz, 1976-77: Fig. 2, 10), Soto de Medinilla (Wattenberg García, 1978: 43, 51), El Raso de Candeleda (Fernández Gómez, 1986 b: Fig. 467, además, con asa de cesta como nuestro número 33), Tariego (Castro y Blanco, 1975: XXIX, 15), Ulaca (Posac, 1952: Fig. 31, 3, 4 y posiblemente 7), Fuentes de Ropel (Celis, 1990: Fig. 9, 9 y 12) o Pago de Gorrita (Wattenberg Sanpere, 1959: Tabla XIV, 14) son sólo unos pocos yacimientos castellano-leoneses en los que aparece. Sobre el vaso de Tariego, creemos que recientemente ha sido interpretado de modo no muy certero, dándole una cronología bastante más antigua que la que le corresponde. En absoluto es encuadrable entre las cerámicas de Cogotas II b sólo porque sea de pasta gris y esté decorado con estampillas de tipo vetón (Barrio, 1988: 262). Creemos que la cronología dada por E. Wattenberg García es más acertada y habría que seguir manteniéndola.

En Beturia céltica y el Alentejo, aunque es posible discernir dos momentos en la producción y uso de las cerámicas grises estampilladas, tomadas en su conjunto, también la urna o copa es una de las formas habituales. Zafra (Rodríguez Díaz, 1991: Fig. 26, I y Fig. 27), Capote (Berrocal, 1988 b: Fig. 8), el Castro de Segovia (Judice Gamito, 1988 a: Fig. 22), Cabeça de Vaiamonte (Arnaud y Judice, 1974-77: Figs. 8, 9, etc.), Muro da Pastoria (Soeiro, 1985-86) e incluso Alcácer do Sal (Dias y Faria, 1987: Fig. 1) y otros puntos dispersos las tienen documentadas. Hay un ingente trabajo por hacer en toda esta área para esclarecer la evolución de las producciones grises que se han fechado desde finales del siglo V hasta bien entrado el I a. C. pero centradas básicamente entre los siglos IV y III a. C. Las del Duero

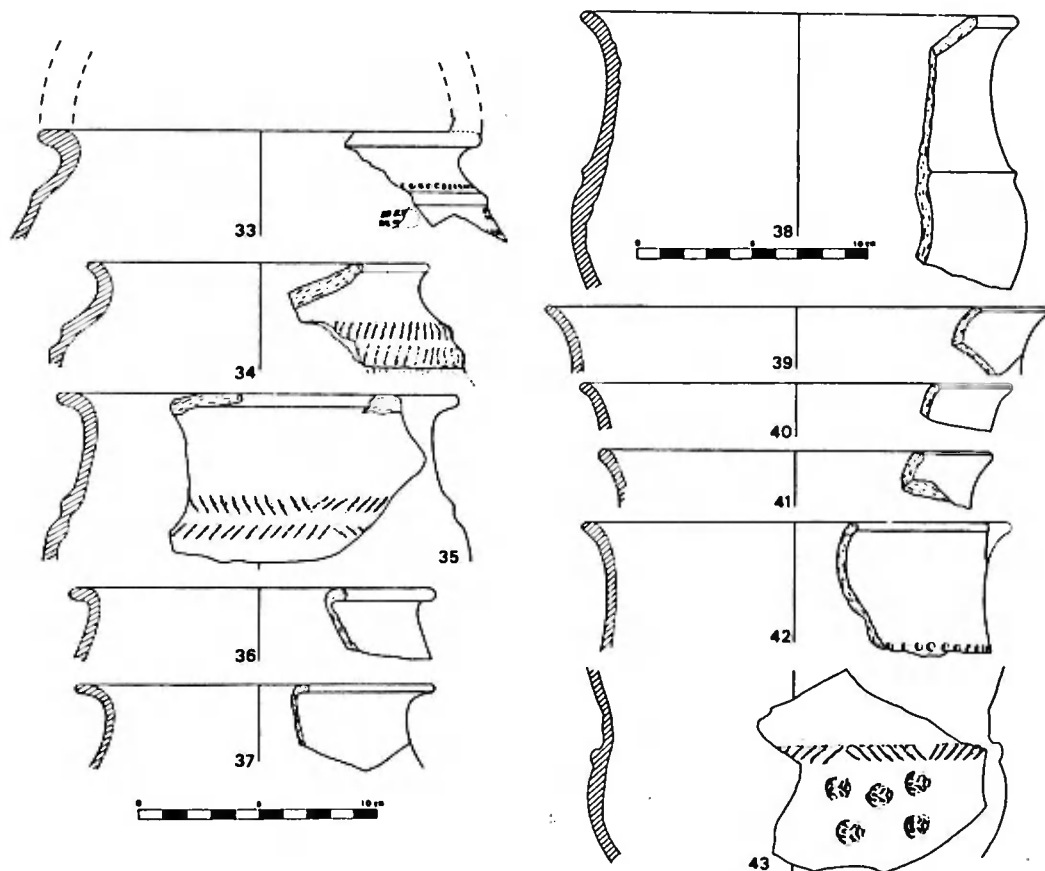


Fig. 3

Medio coincidirían con el grupo de las tardías de este sector hispano-luso. En este sentido, L. Berrocal ya entrevió un grupo característico que se extiende durante fines del siglo II y principios del I a. C., sincrónico al nuestro (Berrocal, 1989-90: 109) aunque con diferencias en ciertas decoraciones y formas como consecuencia de condicionantes locales.

La copa o urna y también el caliciforme contemporáneamente a su fabricación en cerámica gris se está produciendo en plata, decorados igualmente con baquetones. Es posible que el brillo característico de nuestras grises trate de emular vasos como los de las ocultaciones de Arrabalde (Esparza Arroyo, 1986: 263) o los de Chão de Lamas (Raddatz, 1969: 274, Abb. 32, Taf. 71 y Abb. 18, Taf. 50). A su vez, estos vasos argénteos podrían estar imitando cerámicas con baquetones y rehundidos de época anterior (siglos IV-III a. C.).

La novena y última forma de cerámica gris estampillada celtibérica es la caliciforme, emparentada con algunas variantes de la que acabamos de ver. Son vasos de pequeñas dimensiones —entre 9 y 15 cm. de diámetro de boca y altura no superior a los 20 cm.—, exvasados, con cuerpos carenados o baquetones y bases de

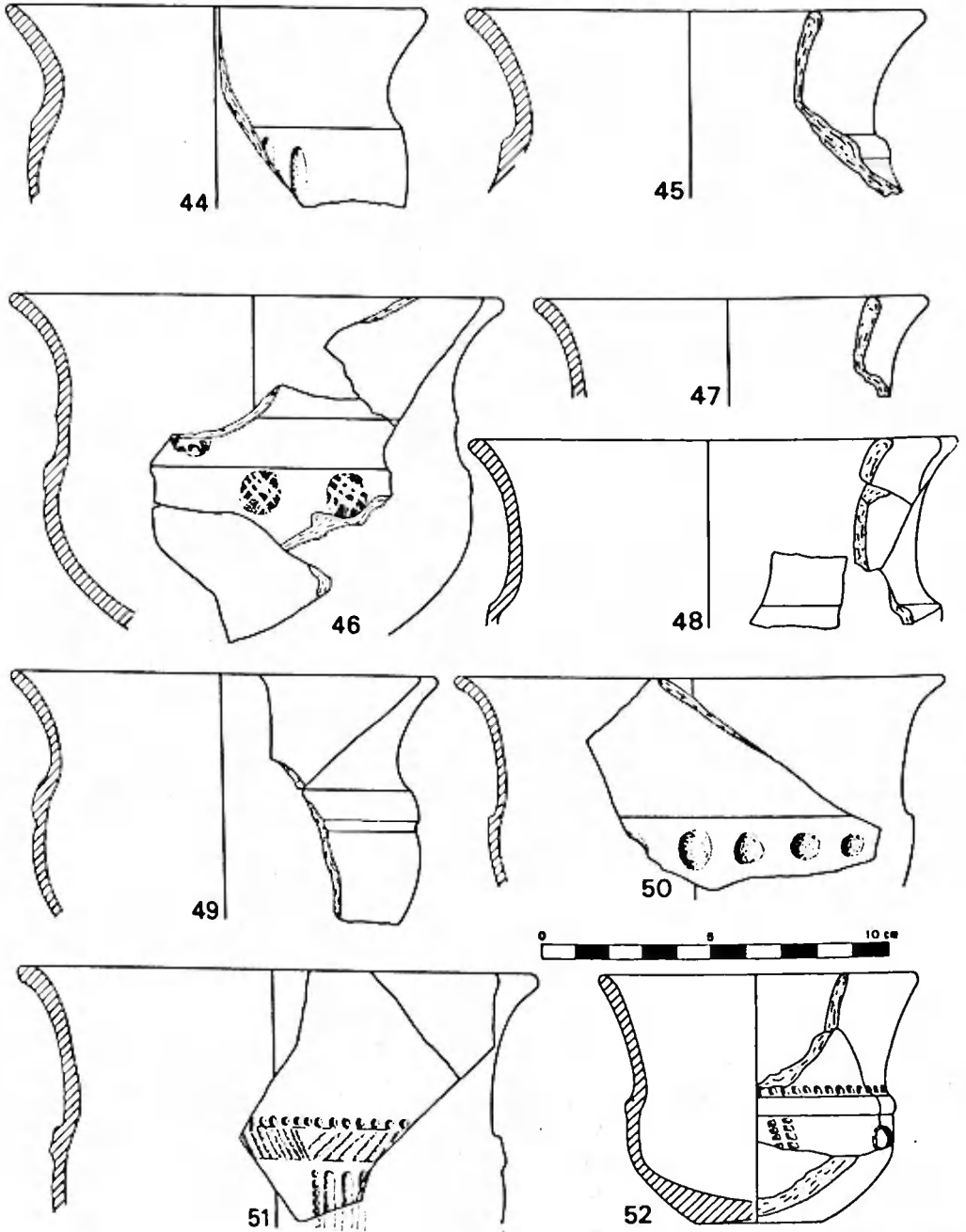


Fig. 4

cuatro tipos: planas, umbilicadas, de copa o anulares. No despreciando el hecho de que en Coca y otros yacimientos del Duero Medio existen especímenes en pasta anaranjada, se puede decir que ésta, como la urna, es una forma eminentemente gris. Salvando distancias cronológicas y espaciales, en otras familias de grises peninsulares ocurre lo mismo, por lo que podemos decir que en pasta gris era una forma bien caracterizada ya desde antiguo. Por ejemplo, en Levante es forma común en poblados como El Puig, en Alcoy (Aranegui, 1975: Fig. 14, 1), La Serreta (Aranegui, 1969: Fig. 8) o Villagordo de Cabriel, en Valencia (Gil-Mascarell, 1977: Figs. 1 y 2) ya en los siglos IV y III a. C. Con esta misma cronología se estaba produciendo también en la Submeseta Sur pero por influencias no levantinas, sino meridionales: la necrópolis de Las Madrigueras (Almagro Gorbea, 1969: Tabla X, 21) y Fuencaliente de Mira, en Cuenca (Mena, 1984: 119), Cerro Redondo, en

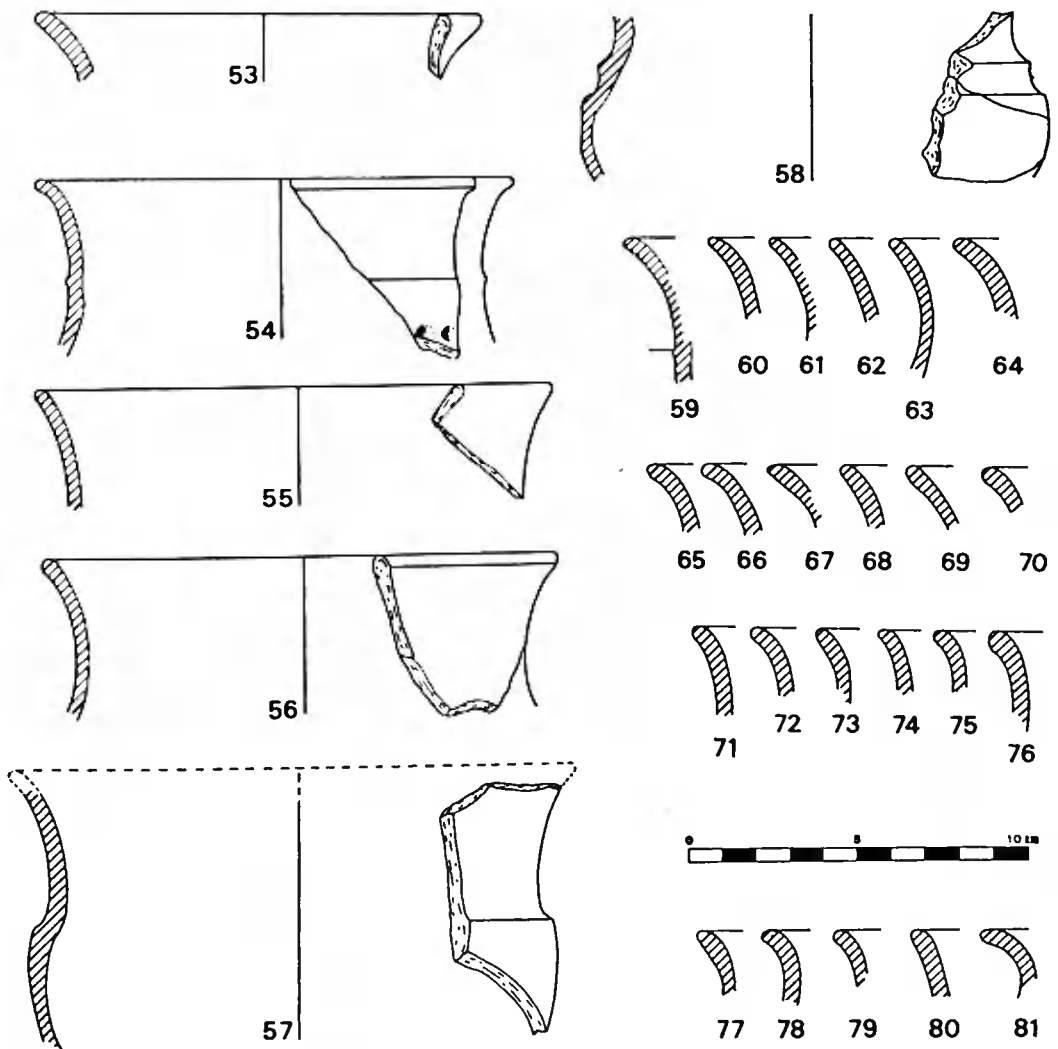


Fig. 5

Madrid (Blasco y Alonso, 1985: Fig. 35, 4), Luzaga, en Guadalajara (Díaz Díaz, 1976: Fig. 19, 5), El Cerrón, en Toledo (Balmaseda y Valiente, 1979: Fig. 16, 5 y 6) y otros yacimientos al sur de éstos como el Cerro de Alarcos (Maña, 1941: 179 y ss.) o el de Las Cabezas, en Valdepeñas (Vélez y Pérez, 1987).

La falta de sistematización de las grises estampilladas de fines de la Edad del Hierro en el sur de Extremadura y el Alentejo impide el seguimiento de esta forma allí. Está documentada, por ejemplo, en Segura de León (Enríquez y Rodríguez, 1985: Fig. 4) y en el Castro de Segovia (Judice Gamito, 1988 a: Fig. 22, varios fragmentos), no debiendo de faltar en otros muchos yacimientos pero es poca la información que existe de esa zona.

En el Valle del Duero, E. Wattenberg García recogió la forma con el número XIII B en cerámica negruzca mate (Wattenberg García, 1978: 30 y 57), de perfil idéntico a nuestro vaso número 52, con la diferencia de que el de Simancas es liso. La Dehesa de Morales (Celis, 1990: Figs. 9, 7 y 8), Ulaca (Posac, 1952: Fig. 31, posiblemente el número 7), Las Paredejas, en el Cerro del Berrueco (Piñel, 1976: Figs. 11, 3, aunque está fotografiado en posición invertida) y Segovia capital (Moliner, 1971: Lám. CXV, Figs. 1, 5-1) son algunos otros yacimientos en los que está documentada la forma. El fragmento de Las Eras, en Soria, podría pertenecer a esta forma de cáliz pero la cronología que se le ha dado podría ser demasiado elevada (Revilla, 1985: 169 y Figs. 93, 5). En Coca, la forma está ampliamente documentada (números 44 a 57, 85 a 88, 110, etc.) en perfiles variados, lisos y decorados, pero siempre en cerámica de gran calidad técnica. De esta misma calidad pero en pastas anaranjadas muy tostadas también las hemos hallado, similares a algunos caliciformes de La Carralaceña (Palol, Fontaneda y Recio, 1969: Fig. 3). Los ejemplares de Coca aparecen siempre en ambientes domésticos —excavaciones de la calle Azafranales, 5; Tierra de las Monedas I, II y III, etc.— y no sabemos si, como en Las Madrigueras o Luzaga, se podrían constatar además en necrópolis. Nuestro desconocimiento de ésta (o éstas), hasta el momento, nos impide despejar el interrogante.

En cuanto a los tipos de bases utilizados en las producciones grises estampilladas, prácticamente son los mismos que los que vemos en los vasos de pastas anaranjadas. Las bases planas no son tan frecuentes como pudiera creerse (Número 52), y siempre suelen estar algo rehundidas. Más frecuentes son las umbilicadas (números 115 a 121), sobre todo en cuencos, caliciformes, etc. Las anulares (números 3, 7, 8 y 122 a 124) son ampliamente utilizadas en vasos grises como consecuencia, en cierto modo, de las influencias de la cerámica campaniense. Sin embargo, en pastas oxidadas hemos podido documentar bases anulares ya desde el siglo III a. C., en los hornos vacceos de Coca (Blanco García, Memoria inédita: Figs. 20, 54 y 55). El anular es el tipo común en platos, fuentes, algunos cuencos y boles. Por último, la base en forma de pie de copa (como los números 125 a 128) es la predominante tanto en las formas de urna o copa como en las caliciformes.

Recapitulando este apartado relativo a la tipología, podemos decir que ninguno de estos nueve grupos en los que hemos dividido las cerámicas celtibéricas grises estampilladas se ha fabricado exclusivamente en esta especialidad. Todos son conocidos también en pastas anaranjadas. Sin embargo, al menos en el Duero Medio,

hay ciertas formas que son más corrientes en cerámica gris que en anaranjada. Como si existiera una tendencia por parte de los ceramistas a que determinadas formas se fabriquen en pasta gris. Nos referimos a las urnas o copas y a los vasos caliciformes. Las ocasiones en las que se elaboran en cerámica anaranjada su decoración es, generalmente, pintada. Sólo en un caso hemos podido ver un fragmento de copa o urna en pasta anaranjada decorado con estampillas y baquetón cruzado por profundas incisiones oblicuas, pero sin el excelente bruñido del que gozan nuestras grises. A pesar de ello, no nos cabe la menor duda de que es contemporáneo de éstas, pero su hallazgo fuera de contexto (en Coca) nos impide asegurarlo.

La tipología está, en general, marcada por dos tendencias. La más importante viene definida por el mantenimiento de las formas celtibéricas tradicionales y los elementos decorativos arraigados desde antiguo en el Duero Medio. La otra se refiere a la influencia de tipos campanienses, a pesar de que en esta zona no son muy abundantes los hallazgos de estas cerámicas romanas.

Decoraciones

Por el título que hemos elegido para bautizar este trabajo pudiera parecer que todas las cerámicas grises sobre las que versa poseen decoración. Sin embargo, parte de sus formas son lisas: platos, fuentes y cuencos, básicamente. En estos casos, son sus específicas cualidades técnicas y su posición estratigráfica las que nos las identifican como formas lisas del mismo conjunto cerámico, sobre todo en lo que al yacimiento de Coca se refiere. Hay fragmentos de algunos yacimientos que pudieran ser del grupo de las grises estampilladas, pero lo poco que sobre ellos se especifica en la bibliografía nos obliga a rechazarlos o a señalarlos con reservas. Cuando en la misma bibliografía nos enfrentamos no ya a tipos lisos sino decorados, los problemas tampoco están ausentes. Por ejemplo, un fragmento de galbo con estampilla de hoja aparecido en Castrojeriz (Abasolo y Ruiz, 1976-77: Fig. 2,10), es bastante distinto del grupo en el que le han incluido los autores, pero no estamos seguros de que pertenezca a nuestras grises estampilladas. Hay fragmentos, de cerámica a torno, gris, bruñida, fina, pero decorados con estampillas diferentes a las habituales en nuestras grises (Martín Valls, 1971: Fig. 3,7), aunque documentadas también en el mundo de Cogotas II. Tampoco en este caso nos hemos atrevido a afirmar que se trate de las que nos interesan. Esperemos que a partir de ahora en la bibliografía se especifique más sobre estos productos que, sin duda, deben de estar presentes en gran parte de yacimientos del Valle del Duero, pero sobre los que no se ha puesto mucho empeño en aislar del resto de las cerámicas celtibéricas.

Si dejamos aparte elementos tan simples como las carenas (números 17, 18, 38, 44, etc.) y las acanaladuras (número 22), el recurso decorativo más elemental es el baquetón liso (números 45, 49, etc.). En algunos vasos aumentan los efectos de claroscuro al hacerse pareados (números 21 y 24). Lo habitual es que estos collarines —simples (números 43, 51, etc.) o dobles (número 34)— acentúen su resalte con profundas líneas incisas oblicuas, en grupos de inclinación opuestos para

realzar el efecto decorativo (números 35, 43, 51...). Estaría de sobra referirnos aquí a los cordones con incisiones profundas ya en el Neolítico y la Edad del Bronce. O reparar en las cerámicas «de collar» que llamaron la atención de E. Cuadrado, en Cataluña, Bajo Aragón, áreas de Valencia y Murcia o la Andalucía oriental (Cuadrado, 1952), que es evidente que tienen cierta relación con las nuestras pero nos obligarían a extendernos demasiado. Ciñéndonos a la Cuenca del Duero, nos parecen un interesante punto de partida los baquetones con profundas incisiones que tanto abundan en las cerámicas de los castros sorianos (Romero Carnicero, 1991). Constituyen un elemento característico de los restos cerámicos elaborados por poblaciones que dieron lugar durante los siglos VI-IV a. C. a un núcleo independiente de Campos de Urnas Tardíos en el área soriana (Romero Carnicero, 1989: 56). Seguidamente, en los siglos IV y III a. C., en el horizonte de Cogotas II se van a producir abundantes cerámicas cocidas a fuego reductor y decoradas con collarines cruzados por profundas incisiones, como puede verse en las propias necrópolis de Las Cogotas (Cabré, 1932: Lám. LIV, 2) y La Osera (Cabré, 1950: Lám. XCIV y ss.), El Raso de Candeleda (Fernández Gómez, 1986 a: Fig. 262, 39 y 42) o Cuéllar (Barrio, 1988: 259, Forma VII), por ejemplo. La misma zona vettona es la generadora de los baquetones en cerámicas hallstáticas fabricadas a mano y a torno del núcleo de Beturia Céltica y el Alentejo, en arcillas grises y rojas. Yacimientos extremeños como el castro de Villasviejas del Tamuja (Hernández, Rodríguez y Sánchez, 1989: 120 y ss., Fig. 56, 578; Lám. III, 1, 5, 6, 7, etc.), Capote (Berrocal, 1988 b: Fig. 8, 3), la Ermita de Belén (Rodríguez Díaz, 1991: Figs. 37, 46, 76, 77, etc.), Los Hornachuelos (Rodríguez y Jiménez, 1987-88: Fig. 4, 18) o los portugueses de Segovia (Judice Gamito, 1988 a: Fig. 22), Cabeça de Vaia-monte (Arnaud y Judice, 1974-77: Fig. 8, 13), Mirobriga dos Celticos (Soares y Tavares, 1979, en cerámicas básicamente de los siglos III y II a. C.) y Alcácer do Sal (Dias y Faria, 1987: fig. 1), por citar solamente los más destacados de entre más de una treintena, poseen buenos conjuntos de cerámicas con decoración de baquetones cruzados por incisiones. A pesar de ser ésta una zona de expansión importante del mundo orientalizador del Bajo Guadalquivir, estas cerámicas con baquetones y estampillas responden a esa penetración cultural del mundo meseteño que también reflejan los textos clásicos (sobre todo Plinio, Estrabón y Ptolomeo) y los testimonios lingüísticos (Maia, 1985).

En definitiva, sin remontarnos a precedentes que no vienen al caso, es posible ver desde el Hierro I en el Valle del Duero el uso de los cordones y baquetones con incisiones en yacimientos hallstáticos. Se siguen utilizando como elementos decorativos en la Segunda Edad del Hierro, en cerámicas a mano, y constituyen las fuentes de inspiración de los que se harán después en nuestras grises. De esta zona duriense no sólo arrancan los baquetones incisos de los siglos IV-I a. C. de Extremadura y el Alentejo, sino que, a su vez, el Duero está conectado con las cerámicas hallstáticas con cordones y collarines incisos del Valle del Ebro y la Submeseta Sur, como zonas más próximas. Es evidente que los baquetones con incisiones de Pico Buitre, en cerámicas del Hierro I (Valiente, 1984), de Valaderrobres, en cerámicas del siglo V a. C. (Puch y Sancho, 1983-84: Fig. II, M-11 y 12) o en los vasos a mano de Cabeza Moya, de principios del Hierro II (Navarro

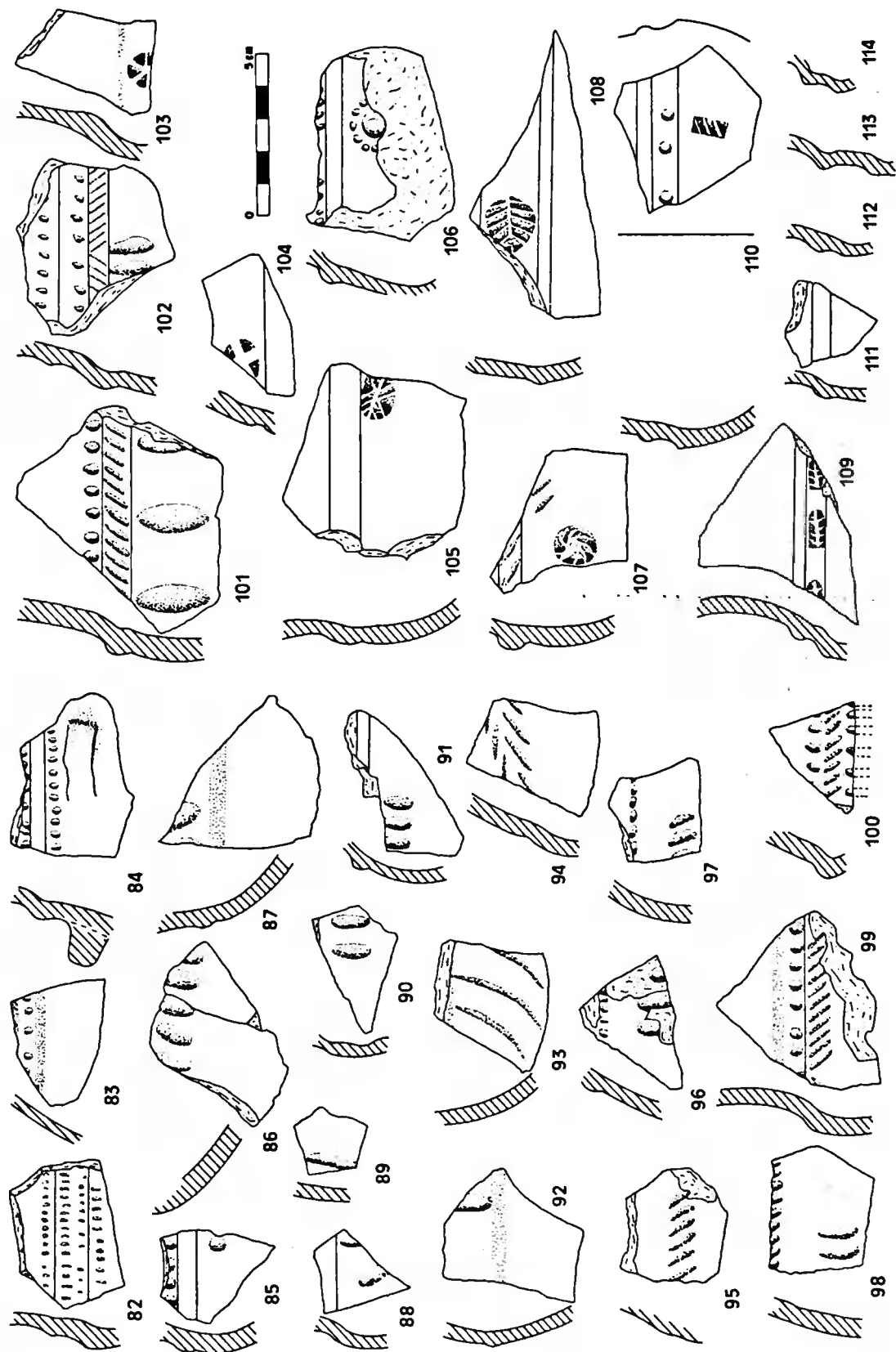


Fig. 6

y Sandoval, 1984: Figs. 9, 10, 11...) pertenecen a ese sustrato común céltico en el que se inspiran los baquetones incisos de las cerámicas grises a torno que se están fabricando desde el siglo IV hasta el I a. C. Las estampillas de estas cerámicas, como luego veremos, son de inspiración ya abulense.

A veces, la horizontalidad del baquetón se realiza con puntos impresos en línea, bien por encima del mismo (números 33, 51, 52, 85, etc.) o flanqueándolo (número 84). El esquema se puede ir barroquizando cuando, además, con el barro tierno aún, se trazan grupos de seis o siete acanaladuras perpendiculares al baquetón y bajo él, en perfecta simetría alrededor del vaso (números 51 y 100). Acanaladuras que pueden ir flanqueadas o no por dos líneas verticales de puntos impresos. Todos estos recursos decorativos, junto con los rehundidos o abolladuras (números 44, 50 y 86 a 92) y las estampillas, están inspirados en las cerámicas de Cogotas II, indudablemente. En Coca, incluso hasta la segunda mitad del siglo III a. C. se están fabricando vasos con decoración «a peine», incisas e impresas (Blanco García, 1992: 39 y ss.). Es decir, podemos afirmar que todos estos motivos decorativos en nuestros vasos grises bruñidos responden a un «revival» de las cerámicas a las que estaban acostumbradas de antiguo las gentes prerromanas del Duero Medio. Como si después de más de un siglo de predominio de los vasos de pasta anaranjada y decoración pintada estuvieran un poco saturadas y resurgiera el gusto por las cerámicas oscuras y las decoraciones en relieve. Y no sólo en lo referente a esto. Esos resabios del pasado se muestran también en la profusión de formas tan ancestrales como las de cáliz o las urnas.

Las estampillas son, junto con los baquetones con incisiones, los motivos decorativos más característicos de estas cerámicas grises. Todas están realizadas al presionar una matriz sobre el barro aún blando, dejando en la pared interna del vaso un pequeño abultamiento. Estampillas de aspas (número 27), círculos enrejillados (número 46), partidos en cuatro, seis o nueve cuarteles (números 104, 103 y 23, respectivamente), foliáceas variadas (números 33, 52, 105, 108, 109), rectángulos tabicados (número 110), constituyen el abanico formal documentado en Coca. A ellas hay que añadir esquemas tan célticos como los trisceles (número 43) y los helicoides (número 107), que estas poblaciones centroeuropeas supieron tomar del mundo griego y convertirlos en propios (Verger, 1987: 302). Todas estas estampillas son de origen vettón, aunque muchas de las que se usan en las cerámicas a mano de Cogotas II no aparecen en estos productos grises torneados. El Valle Medio del Duero, por tanto, respecto a las estampillas quedó bajo la influencia del área nuclear abulense, como es lógico por tradición. Esta misma área será el origen de las estampillas en cerámicas grises a torno de la Submeseta Sur, región murciana, El Alentejo, La Beturia o las partes más occidentales de las provincias de Córdoba, Sevilla y el norte de Huelva (El Castañuelo, por ejemplo, Del Amo, 1978: 322). Las estampillas en cerámicas grises a torno de Cerro Redondo, Puente, Cabeña de San Marcos, la Estación de Sta. Catalina, el Cerro de la Cueva de La Magdalena, el yacimiento 29 de Morata de Tajuña —todo ello en Madrid—, Luzaga, Las Madrigueras, Cabeza Moya, Olmedilla de Alarcón, Yeles, El Cerrón de Illescas, etc., todas están inspiradas en el mundo de Cogotas II, a pesar de que la tipología de los vasos y su cronología se diferencian de nuestras grises.

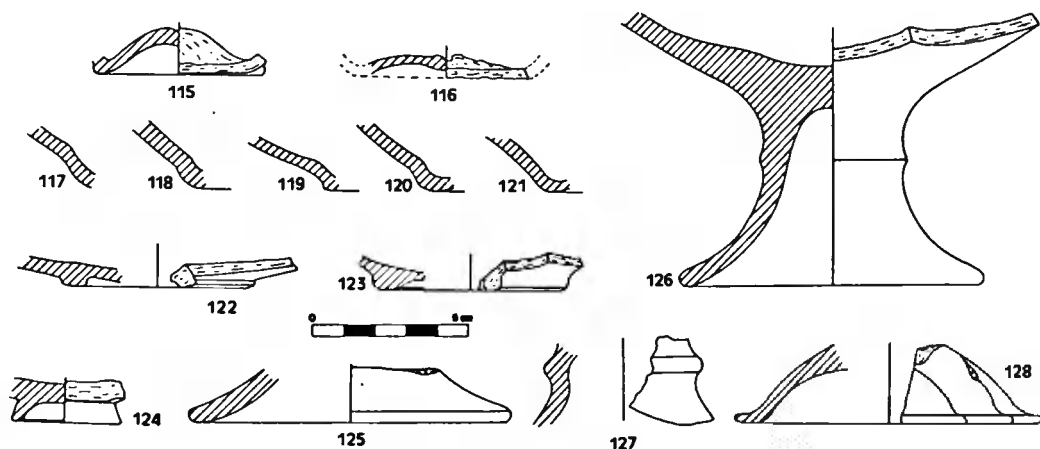


Fig. 7

Y lo mismo se puede decir de las estampillas del núcleo pacense y alentejano, procedentes del mismo tronco pero igualmente con peculiaridades por su proximidad al mundo orientalizable que dejó bien marcadas influencias. En la Submeseta Sur, a medida que desde el Sistema Central avanzamos hacia el sur, las estampillas de estos tipos son cada vez más frecuentes en vasos rojos pintados, y en ellos se ven ya influencias meridionales: el Cerro de Alarcos (Maña, 1941; Fernández Rodríguez, 1987 y comunicación escrita, por lo que mostramos nuestro agradecimiento) y Valdepeñas (Almagro Gorbea, 1976-78: Fig. 18; Vélez y Pérez, 1987) son dos claros ejemplos. Las estampillas en cerámicas grises ibéricas del Alto Guadalquivir (Ruiz y Nocete, 1981) o del área catalana (Cura, 1971) tienen ya muy poco en común con las del Duero Medio. Respecto a las estampillas de las cerámicas castreñas del Noroeste, tampoco es mucho lo que coinciden con las de filiación vettona como son las nuestras. Son dos zonas culturales bien diferenciadas cuya frontera se podría trazar en el extremo occidental de la provincia de Salamanca y los castros de Zamora. Aquí, sólo en los más orientales puede apreciarse una clara influencia celtibérica tardía, como ha dejado claro A. Esparza.

Del mismo modo que en la Beturia o El Alentejo, en Coca y, por extensión, en el Duero Medio, no se conoce ni una sola matriz de estampilla. Al menos ninguna publicada. Es de suponer que fueran de madera, hueso o incluso de arcilla cocida.

Conclusiones

La escasa atención de la que han sido objeto las cerámicas grises celtibéricas ha dado lugar a la generalización de la idea de que sólo se pueden considerar como «estrictamente celtibéricas las cerámicas a torno, cocidas en fuego oxidante y pintadas...» (Martín Valls, 1986-87: 80; Romero Carnicero, 1989 y 1992, entre otros). Es esta una afirmación hecha muy a la ligera que desprecia o resta identidad a las producciones grises.

Dentro de la originalidad de las cerámicas celtibéricas, las grises estampilladas constituyen un grupo homogéneo y con personalidad propia que emana, más que de las formas de los vasos, de sus peculiaridades técnicas (pasta gris uniforme, acabados muy elaborados y superficie pulida dando un aspecto metálico a los vasos) y sus recursos decorativos en los que la pintura está ausente. Se pretende con ello, tal vez, imitar vasos metálicos en los que la decoración se base únicamente en la consecución de efectos de claroscuro. Ejemplos de estos vasos metálicos no nos faltan en el Valle del Duero, de fechas similares a las de nuestras grises estampilladas. Estas aparecen de modo dominante en ambientes domésticos, por lo que podrían utilizarse fundamentalmente en la mesa o para guardar productos alimenticios de calidad y poco volumen. Nunca tiene indicios de haber estado expuestos al fuego (con independencia de lo que pueda haber ocurrido una vez amortizado el vaso), por lo que quedan exentos de funciones propias de cocina.

En el Valle del Duero actualmente se conocen más de veinte yacimientos en los que aparece este tipo de cerámica gris espatulada, pero con toda seguridad en los fondos de los museos y en informes inéditos existen muchos fragmentos de los que aún no sabemos nada. Sirva de ejemplo el caso de la provincia de Valladolid, donde hemos documentado grises estampilladas sólo en cuatro yacimientos vacceos de los cerca de treinta conocidos hasta hoy (Mañanes, 1991: 224). Es sintomático que en la veintena larga de yacimientos castellano-leoneses con cerámica gris la mayor parte sean grandes enclaves de cultura material celtibérica en los que se ha excavado de antiguo y cuentan con conjuntos cerámicos amplios: Las Cogotas, La Osera, El Berrueco, Simancas, Soto de Medinilla, Ulaca, etc. Como en toda regla, existen excepciones: en Roa, uno de los yacimientos del Valle del Duero mejor conocidos, a pesar de los miles de fragmentos de cerámica celtibérica exhumados, no hay ni uno sólo del tipo gris que nos ocupa (Agradecemos a J. D. Sacristán este dato). Tampoco han aparecido hasta ahora en Cuéllar, a tan sólo 30 Km. al Noreste de Coca. Y, sin embargo, aparecen en puntos más alejados, donde las influencias de la cerámica de Cogotas II fue menor, paradójicamente. Hacia oriente, los vemos incluso en Numancia, para luego tener su máxima concentración en el centro de la Cuenca del Duero, enrareciéndose cuanto más a occidente. En esta dirección, su límite está en los castros orientales de la provincia de Zamora (Fuentes de Ropel, El Viso de Bamba, etc.), de gran interés en cuanto a la cronología de estas cerámicas. La aparición de grises estampilladas en ellos, que fueron celtiberizados en fechas muy tardías ya (Esparza Arroyo, 1983-84: 142), confirma la baja cronología de las mismas tal y como lo señalan las estratigrafías de Coca. Estamos seguros de que cuando se publiquen los materiales cerámicos de los yacimientos de Carbajales de Alba, Sejas de Aliste, Manganeses de la Polvorosa o Fresno de Carballeda se comprobará que también cuentan con grises estampilladas y en estos mismos parámetros cronológicos.

El paralelismo estrecho entre las grises del Valle Medio del Duero y las tardías del círculo Beturia-Alentejo se explica por partir ambos grupos de un mismo tronco. Por influencia de la cerámica de Cogotas II, desde fines del siglo V y hasta el I a. C., en este Círculo se van a producir vasos (primero a mano y luego a torno) con baquetones cruzados por incisiones y estampillados de las mismas característi-

cas (los torneados) que los nuestros. Pero en esta zona habría que distinguir dos momentos: uno, desarrollado desde fines del siglo V y a lo largo del IV y el III a. C., y otro, coetáneo al de nuestras grises del Duero Medio, que abarcaría el final del siglo II a. C. y los comienzos de la siguiente centuria. En el Castrejón de Capote, por ejemplo, las grises finas estampilladas, a torno, marcan los últimos momentos de ocupación del castro, a finales del siglo II a. C. (Berrocal 1989: 259). Desde la zona abulense hacia la Beturia y el Alentejo, una vez influida la comarca de La Vera (González Cordero et alii, 1990), las estaciones intermedias en estos primeros momentos serían, entre otras, el Castro de Villasviejas del Tamuja (Hernández, Rodríguez y Sánchez, 1989), el Castro de La Coraja, en Aldeacentenera (Murillo, 1975: 475 y 476), Hijovejo (Rodríguez y Ortiz, 1986) o el Castillo de Alange (Navascues y Hurtado, 1986: 77). Problema aparte plantea el pacense Cerro de La Barca, en Herrera del Duque (Vaquerizo, 1990), pues a pesar de pertenecer a la provincia de Badajoz sus cerámicas estampilladas creemos que son más afines al conjunto manchego que al alentejano y de La Beturia. Esto mismo se puede decir de las estampilladas de la comarca de La Serena, en general (Rodríguez y Ortiz, 1989: 56).

Los grandes castros fortificados célticos del Alentejo oriental y el occidente de la provincia de Badajoz actuaron de difusores de estos tipos cerámicos en todo un rosario de yacimientos desde el Guadalquivir hasta el Atlántico. T. Judice ha sabido demostrar cómo los *oppida* de Segovia, Vaiamonte, Veiros, Careira, Safara, etc. actúan de focos de difusión para todo el sur portugués (Judice Gamito, 1988 b), y así se explica que en yacimientos tan distantes como Garvão, Mirobriga dos Celticos, Mesa dos Castelinhos, Chivanes o la Gruta do Nascento de Rio Almonda aparezcan cerámicas con estampillas de filiación netamente meseteña. Las estratigrafías de aquellos grandes castros muestran cómo sobre niveles fundacionales de influencia púnica se forman desde finales del siglo V a. C. otros en los que la influencia es ahora céltica, meseteña (Judice Gamito, 1982: 73) y, como en el Duero Medio, de esta tradición surgen las grises estampilladas de finales del siglo II e inicios del I a. C. Según M. Maia estas influencias meseteñas indican movimientos poblacionales de gentes procedentes del área abulense que vinieron a cubrir el vacío dejado por la desaparición del mundo tartésico (Maia, 1985: 173 y mapa 2).

Respecto a la cronología, aunque ya hemos hecho referencia a ella en repetidas ocasiones, parece clara no sólo en Coca, sino en el conjunto del Valle del Duero. De los sondeos estratigráficos practicados en Coca entre 1987 y 1990 por nosotros, en siete nada menos hemos podido documentar cerámicas grises estampilladas. En la Avda. de la Constitución, s/n, aparecieron únicamente en el nivel XVI junto a celtibéricas rojas pintadas con motivos barrocos típicos de un celtiberismo avanzado. Decoraciones bícromas y trícromas formando diseños no sólo geométricos, sino figurativos también, traducen unos momentos de inicios del siglo I a. C. Momentos en los que en Coca aún no han aparecido las decoraciones en pintura ocre y roja sobre fondo blanco, tan representativas de los dos últimos tercios de ese siglo (Blanco García, e. p.).

En las excavaciones de Convento II y calle Azafranales número 5, nuevamente se repite la secuencia: las primeras grises estampilladas aparecen con anaranjadas

que se decoran con bandas pintadas monócromas o bícromas y en niveles superiores conviven con las bícromas y trícromas diseñando motivos barrocos. Cuando surgen las rojas policromas, con fondos blancos, las grises estampilladas no aparecen ya más que de modo residual.

Como puede verse, ante la falta de elementos de cronología más precisa, hemos de seguir criterios estilísticos basados en lo que las estratigrafías indican. La falta de moneda romana republicana o celtibérica —a pesar de su relatividad como documento de cronología absoluta— en los niveles que nos interesan y la inexistencia de elementos de importación fechados nos impide concretar más. Los niveles de destrucción generalizados en todo Coca, que hemos puesto en relación con las agresiones romanas previas a la caída de Numancia (desde el asalto de Lúculo en 151 hasta la campaña de Pompeyo en 134 a. C.), y la cronología baja para las cerámicas policromas de Coca —señaladas ya por F. Wattenberg (1959: 176 y ss.) y F. Romero Carnicero (1976: 187)— constituyen los umbrales superior e inferior entre los que se fabrican las cerámicas grises estampilladas celtibéricas. En los hornos vacceos que fechamos a mediados del siglo III a. C. no apareció ni un solo fragmento de cerámica gris de este tipo. Tampoco en el excelente Nivel V de la excavación denominada «Cementerio» (en el extremo Oeste del área de Los Azafrales), fechado a fines del siglo III y primera mitad del II a. C. Las influencias de la campaniense redundan en favor de esta modernidad. De este modo, creemos que tenemos base suficiente para poder afirmar que las cerámicas grises estampilladas se están produciendo fundamentalmente durante el último tercio del siglo II a. C. y el primer cuarto del I a. C.

En otros yacimientos del Valle del Duero han sido fechadas por distintos autores en época similar a la que nosotros defendemos. Las de La Dehesa de Morales, en el zamorano Fuentes de Ropel (Celis, 1990: 476) o las de Simancas (Wattenberg García, 1978: 30), por ejemplo. Problemas estratigráficos o la misma falta de estratigrafía han hecho que en otros casos no se quiera entrar en la cronología. Así sucede en Ulaca (Posac Mon, 1952: 67 y ss.) y Pago de Gorrita (Wattenberg Sanpere, 1959: Tabla XIV, 14), entre otros yacimientos. Hay fragmentos cuya cronología es más baja de la propuesta por sus excavadores, como ocurre con los de Las Paredejas (Piñel, 1976: 365). En fin, otros posibles fragmentos, como el del castro del Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: Fig. 3, 7) o el del Castillo de Castrojeriz (Abasolo y Ruiz, 1976-77: Fig. 2, 10) no permiten ningún tipo de detalles cronológicos. Ni siquiera es seguro que pertenezcan al tipo gris que nos ocupa.

Ante la pobreza con la que en la bibliografía ha sido tratada la cerámica gris estampillada celtibérica en el Valle del Duero, las estratigrafías de Coca han permitido el poder abordarlas globalmente (tipología, cronología, dispersión geográfica, etc.). En el futuro habría que explicar cuestiones que quedan pendientes, como los centros de producción, los cauces de distribución, la funcionalidad de cada tipo, etc. Estamos convencidos de que son, en el caso de Coca, producciones locales de tipos ampliamente difundidos por el Duero Medio, que marcan un momento cultural preciso dentro del celtiberismo.

BIBLIOGRAFIA

- ABASOLO, J. A. y RUIZ, I., 1976-77: «El yacimiento arqueológico de Castrojeriz. Avance al estudio de las cerámicas indígenas». *Sautuola*, II, pp. 263-280. Santander.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1969: *La necrópolis de Las Madrigueras. Carrascosa del Campo (Cuenca)*. B.P.H., 10, Madrid.
- 1976-78: «La iberización de las zonas orientales de La Meseta». *Simposi Internacional: Els orígens del món Ibèric (Ampurias 38-40)*, pp. 93-156. Barcelona.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LA ROSA, R. DE, 1991: «Prospección arqueológica del Valle del Tajuña: Morata de Tajuña». *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 7, pp. 127-168. Madrid.
- ALMEIDA, C.A.F., 1972: «Cerámica Castreja». *Rev. de Guimarães*, 84 (1-4), pp. 171-197. Guimarães.
- ARANEGUI, C., 1969: «Cerámica gris de los poblados ibéricos valencianos». *Papeles del Lab. de Arq. de Valencia*, 6, pp. 113-131. Valencia.
- 1975: «La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio». *Papeles del Lab. de Arq. de Valencia*, 11, pp. 333-379. Valencia.
- ARCELIN-PRADELLE, Ch., 1984: *La Céramique Grise Monochrome en Provence*. Rev. Archéologique de Narbonnaise (Sup. 10), Paris.
- ARNAUD, J. M. y JUDICE, T., 1974-77: «Cerâmicas estampilhadas da Idade do Ferro do Sul de Portugal. I. Cabeça de Vaiamonte. Monforte». *O Arqueólogo Português*, VII-IX, pp. 165-202. Lisboa.
- BALMASEDA, L. J. y VALIENTE, S., 1979: «Excavaciones en El Cerrón (Illescas, Toledo)». *N.A.H.* 17, pp. 153-210. Madrid.
- BARRIO, J., 1988: *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas. Cuéllar (Segovia)*. Segovia.
- BELEN DEAMOS, M., 1976: «Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva». *Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIX (1), pp. 353-388. Madrid.
- BERROCAL, L., 1988 a: «Hacia la definición arqueológica de la Beturia de Los Célticos: La Cuenca del Ardila». *Espacio, Tiempo y Forma*. Ser. II, T. I (Hom. a E. Ripoll), pp. 57-68. Madrid.
- 1988 b: *Excavaciones en Capote (Beturia Céltica) I*. Serie Nertobriguense, I. Badajoz.
- 1989: «El asentamiento céltico del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)». *CuPAUAM* 16, pp. 245-295. Madrid.
- 1989-90: «Cambio cultural y romanización en el Suroeste peninsular». *Anas* 2/3, pp. 103-122. Badajoz.
- BLANCO GARCIA, J. F., 1986 a: *Coca Arqueológica*. Madrid.
- 1986 b: «Single finds of medieval coins from Coca». *Problems of Medieval Coinage in the Iberian Area*, 2, pp. 361-379. Avilés.
- 1987 a: *Moneda y circulación monetaria en Coca. (Siglos II a. C. - V d. C.)*. Segovia.
- 1987 b: «Moneda celtibérica y cronología en Cauca (Coca)». *Gaceta Numismática* 86-87 (III-IV), pp. 99-102. Barcelona.
- 1988: «Coca Arqueológica». *Rev. de Arqueología*, 81, pp. 46-55. Madrid.
- 1989: «Caja excisa de Coca (Segovia)». *Veleia*, 6, pp. 99-102. Alava.
- 1990: «Nuevas aportaciones a la circulación monetaria ibérica».
- 1992: «El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia)». *Rev. de Arqueología*, 130, pp. 34-41. Madrid.
- e. p.: «Excavación en la Avenida de la Constitución, de Coca (Segovia)». *Numantia*. IV. Valladolid.
- Inédito: *Los hornos de cerámica vaccea de Coca (Segovia)*. Memoria de excavación.

- BLASCO, M. C. y ALONSO, A., 1985: *Cerro Redondo. Fuente El Saz del Jarama, Madrid*. E.A.E. 143. Madrid.
- CABRE, J., 1932: *Excavaciones de Las Cogotas, Cardenosa (Avila). II. La Necrópolis*. Mem. J.S.E.A. 120. Madrid.
- CABRE, J., CABRE, E. y MOLINERO, A., 1950: *El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*. A.A.H., V. Madrid.
- CARO BELLIDO, A., 1989: *Cerámica gris a torno tartesia*. Cádiz.
- CASTRO, L. y BLANCO, R., 1975: «El castro de Tariego de Cerrato (Palencia)». *Publ. de la Inst. Tello Téllez de Meneses*, 35, pp. 55-138. Palencia.
- CELIS, J., 1990: «Apuntes para el estudio de la secuencia ocupacional de La Dehesa de Morales, Fuentes de Ropel, Zamora». *Primer Cong. de H.ª de Zamora. T. II, Prehistoria e Historia Antigua*, pp. 467-495. Zamora.
- CUADRADO, E., 1952: «La cerámica ibérica tosca de collar con impresiones y su origen céltico». *II C.N.A.*, pp. 269-280. Zaragoza.
- CURA, M., 1971: «Acerca de las cerámicas grises con decoración estampillada en la Cataluña prerromana». *Pyrenae*, 7, pp. 47-60. Barcelona.
- DEL AMO, M., 1978: «El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva». *Huelva Arqueológica*, IV, pp. 299-340. Huelva.
- DIAS, A. M. y FARIA, J. C. L., 1987: «Ceramica estampilhada da Idade do Ferro, proveniente de Alcácer do Sal». *Arqueologia*, XVI, pp. 95-96. Porto.
- DIAZ DIAZ, A., 1976: «La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el Museo Arqueológico Nacional». *R.A.B.M.*, LXXIX (1), pp. 397-489. Madrid.
- ENRIQUEZ, J. J. y HURTADO, V., 1986: «El mundo prerromano». *Historia de la Baja Extremadura. T. I, Prehistoria y Protohistoria*, pp. 76-84. Badajoz.
- ENRIQUEZ, J. J. y RODRIGUEZ, A., 1985: *Las piezas de oro de Segura de León y su entorno arqueológico*. Badajoz.
- ESPARZA ARROYO, A., 1983: «Sobre el límite oriental de la cultura castreña». *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste* (Santiago, 1980), pp. 103-119. Madrid.
- 1983-84: «Los castros de Zamora occidental y Tras-Os-Montes oriental: hábitat y cronología». *Portugalia*, IV-V, pp. 131-146. Porto.
- 1986: *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Zamora.
- FERNANDEZ GOMEZ, F., 1986 a: *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeledda*. I. Avila.
- 1986 b: *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeledda*. II. Avila.
- GARCIA BELLIDO, A., 1952: «Pequeñas invasiones y transmigraciones internas». *II C.N.A.*, pp. 231-237. Zaragoza.
- GARCIA IGLESIAS, L., 1971: «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua». *AEspA*, 44, pp. 86-108, Madrid.
- GIL-MASCARELL, M., 1977: «Excavaciones en la cueva ritual ibérica de Villagordo de Cabriel (Valencia)». *XIV C.N.A.*, pp. 705-712. Zaragoza.
- GONZALEZ CORDERO et alii, 1990: «Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal de la Vera y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura». *Studia Zamorensia*, XI, pp. 129-160, Salamanca.
- GONZALEZ PRATS, A., 1983: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Alicante.
- GONZALEZ TABLAS, F. J., 1988-89: «La cultura de El Soto de Medinilla. Algunas consideraciones». *Zephyrus*, XLI-XLII, pp. 331-337. Salamanca.
- HERNANDEZ, F., RODRIGUEZ, M. D. y SANCHEZ, M. A., 1989: *Excavaciones en el Castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.

- HORNERO, E., 1990: «La cerámica gris en la Península Ibérica. El Cerro de Los Santos, un santuario ibérico con cerámica gris», *Al-Basit*, 26, pp. 171-205, Albacete.
- JUDICE GAMITO, T., 1982: «A Idade do Ferro no Sul de Portugal. Problemas e Perspectivas». *Arqueologia*, VI, pp. 65-78. Porto.
- 1988 a: *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B. C. The Case of Tartessos*. B.A.R. (Int. Series) 439. Oxford.
- 1988 b: «Arqueología Espacial em Portugal. Alguns exemplos». *Arqueologia Espacial*, 12, pp. 17-32. Lisboa-Teruel.
- LORRIO, A., 1988-89: «Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)». *TP*, XLI-XLII, pp. 283-314, Madrid.
- LUENGO, J. M., 1940: «El castro de Morgovejo (León)». *Atlantis*, XV, pp. 170-177. Madrid.
- MAIA, M., 1980: «Povos do Sul de Portugal nas fontes clássicas-Celtici e Turduli». *Clio*, 2, pp. 67-70, Lisboa.
- 1985: «Celtici e Turduli nas fontes clássicas». *Actas del III Coloquio Sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. (Lisboa, 1980), pp. 165-177. Salamanca.
- MALUQUER, J., 1965: «Una vasija excepcional del poblado ibérico de Mas Boscà». *Pyrenae*, I, pp. 129-138. Barcelona.
- MAÑA, J. M., 1941: «Hallazgos del Cerro de Alarcos». *Atlantis*, XVI, pp. 179-182. Madrid.
- MAÑANES, T., 1991: «Vaccos». *Las Entidades Étnicas de la Meseta Norte de Hispania en Epoca Prerromana*. (Anejos de Hispania Antiqua), pp. 235-269. Valladolid.
- MARTIN ORTEGA, M. A., 1976-78: «Los orígenes de la iberización en la zona costera del nordeste de Cataluña». *Simposi Internacional: Els Orígens del Món Ibèric*. (Ampurias, 38-40), pp. 187-196. Barcelona.
- MARTIN VALLS, R., 1971: «El castro del Picón de la Mora (Salamanca)». *B.S.A.A.*, XXXVII, pp. 125-144. Valladolid.
- 1986-87: «La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización». *Zephyrus* XXXIX-XL, pp. 59-86. Salamanca.
- MARTINS, M., 1987: «A Cerâmica Proto-Histórica do Vale do Cávado: Tentativa de Sistematização». *Cadernos de Arqueologia*, 4, pp. 35-77. Braga.
- 1990: *O Povoamento proto-histórico e a romanização da bacia do médio Cávado*. Braga.
- 1991: *O Povoamento de Santo Ovidio (Fafe). Resultados dos Trabalhos realizados entre 1980-1984*. Braga.
- MAYA, J. M., 1988: *La Cultura Material de los Castros Asturianos*. Estudios de la Antigüedad 4/5. Barcelona.
- MENA, P., 1984: *Catálogo de cerámicas de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca*. Bol. del Museo Prov. de Cuenca, I. Cuenca.
- MOLINERO, A., 1971: *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*. E.A.E., 72. Madrid.
- MOREL, J. P., 1981: *Céramique Campanienne: Les Formes*. Paris.
- MURILLO, M., 1975: «Tres castros prehistóricos en Cáceres». *XIII C.N.A.*, pp. 471-480. Zaragoza.
- NAVARRO, J. y SANDOVAL, C. H., 1984: «Cabeza Moya (Enguídanos, Cuenca). Primera y Segunda Campañas. Años 1980-1981». *N.A.H.*, 19, pp. 199-269. Madrid.
- PIÑEL, C., 1976: «Materiales del poblado de Las Paredejas en el Cerro del Berrueco. Una nueva arracada». *Zephyrus* XXVI-XXVII, pp. 351-368. Salamanca.
- POSAC MON, C. F., 1952: «Solosancho (Avila)». *N.A.H.*, 1-3, pp. 63-74. Madrid.
- PUCH, E. y SANCHO, C., 1983-84: «Yacimientos arqueológicos inéditos del término municipal de Valderrobres (Comarca de Matarraña, Teruel)». *Kalathos*, 3-4, pp. 373-391. Teruel.

- RADDATZ, F., 1969: «Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel». *Madriider Forchungen*, 5, Berlín.
- REVILLA, M. L., 1985: *Carta Arqueológica. Soria, Tierra de Almazán*. Soria.
- RODRIGUEZ DIAZ, A., 1990: «Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura». *La Cultura Tartésica y Extremadura*. (Cuad. Emeritenses, 2), pp. 127-162. Mérida.
- 1991: *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña 1987*. Mérida.
- RODRIGUEZ DIAZ et alii, 1990: «Materiales de superficie del poblado prerromano de La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz)». *Rev. de Estudios Extremeños*, XLVI, pp. 333-359. Badajoz.
- RODRIGUEZ, A. y JIMENEZ, F. J., 1987-88: «Informe sobre las excavaciones realizadas en el yacimiento de Hornachuelos. Ribera del Fresno (Badajoz). 1986-88». *Norba*, 8-9, pp. 13-31. Cáceres.
- RODRIGUEZ, A. y ORTIZ, P., 1986: «Avance de la primera campaña de excavación en el Recinto-Torre de Hijovejo (Quintana de La Serena, Badajoz). El sondeo núm. 2». *Norba*, 7, pp. 25-41. Cáceres.
- 1989: «Poblamiento prerromano y recintos ciclópeos de La Serena, Badajoz». *CuPAUAM*, 17, pp. 45-65. Madrid.
- ROMERO CARNICERO, F., 1976: *Las cerámicas policromas de Numancia*. Soria.
- 1989: «Algunas novedades sobre los castros sorianos». *Diez Años de Arqueología Soriana (1978-1988)*, pp. 49-58. Soria.
- 1991: *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la Provincia de Soria*. Valladolid.
- 1992: «El artesanado y sus creaciones». *Los Celtas en la Península Ibérica*. (Rev. de Arqueología, Extra núm. 5), pp. 82-91. Madrid.
- ROOS, A. M., 1982: «Acerca de la antigua cerámica gris a torno en la Península Ibérica». *Ampurias*, 44, pp. 43-70. Barcelona.
- ROYO, J. I. y AGUILERA, I., 1981: «Avance de la II Campaña de excavaciones arqueológicas en Bursau. 1979 (Borja, Zaragoza)». *Cuadernos de Estudios Borjanos*, VII-VIII, pp. 27-73. Zaragoza.
- RUIZ, A. y NOCETE, F., 1981: «Un modelo sincrónico para el análisis de la producción de cerámica ibérica estampillada del Alto Guadalquivir». *Cuad. de Prehistoria de la Univ. de Granada*, 6, pp. 355-383. Granada.
- SACRISTAN DE LAMA, J. D., 1986: *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H. G. y PELLICER, M., 1969: *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del Río Vélez*. E.A.E. 66. Madrid.
- SILVA, A.C.F., 1983: *Citânia de Sanfins. Paços de Ferreira*. Paços de Ferreira.
- 1983-84: «A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal: Habitat e Cronologías». *Portugalia*, IV-V, pp. 121-129. Porto.
- 1986: *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreira.
- SOEIRO, T., 1985-86: «Muro da Pastoria, Chaves. Campanha de excavação de 1982-83». *Portugalia*, VI-VII, pp. 21-28. Porto.
- VALIENTE, J., 1984: «Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares». *Wad-Al-Hayara*, 11, pp. 9-58. Guadalajara.
- VAQUERIZO, D., 1990: «El Cerro de la Barca (Herrera del Duque, Badajoz): un yacimiento de transición en los límites de la antigua Carpentania». *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*. (Noviembre, 1986), pp. 67-79. Toledo.
- VELEZ, J. y PEREZ, J., 1987: «El yacimiento protohistórico del Cerro de Las Cabezas (Valdepeñas)». *Oretum*, I, pp. 168-196. Ciudad Real.

- VERGER, S., 1987: «La genese celtique des rinceaux a trisceles». *Jahrbuch des Römisch- Germanischen Zentralmuseums Mainz*, 34, Teil 1, pp. 287-339. Mainz.
- WATTENBERG GARCIA, E., 1978: *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga (yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas)*. Valladolid.
- WATTENBERG SANPERE, F., 1959: *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca Media del Duero*. B.P.H., II. Madrid.
- 1963: *Las cerámicas indígenas de Numancia*. B.P.H., IV. Madrid.
- 1978: *Estratigrafía de Los Cenizales de Simancas (Valladolid)*. Valladolid.